

COLECCIÓN ARIEL

LOS BUENOS AUTORES: SELECCIONES INTERNACIONALES, ANTIGUAS Y MODERNAS

VOL. IV—Nos 13-14



Simón Bolívar

PERFIL DEL LIBERTADOR, tomado del natural por Roullin

Este perfil sirvió de modelo para las obras de los grandes artistas David D'Angers y Tenerani.

SIMÓN BOLÍVAR ¹

SEÑORAS, SEÑORES:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, á aquel que fué como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon ² de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuedo, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse á su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fué el de nuestra redención, su lenguaje fué el de nuestra naturaleza, su cúspide fué la de nuestro continente; su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte á que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van á rematar la rendición de un mundo. Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella; de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, ó entre relámpagos y rayos, ó con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada á los pies! Ni á la justa admiración ha de

tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la pa' abra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huídos, vió claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fué aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que á su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque «es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria»; mujer fué la colombiana, de saya y algodón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó á pelear á veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que á quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: «jamás lograréis de mí que le aconseje faltar á sus deberes»; mujer aquella soberana Pola, que armó á su novio para que se fuese á pelear, y cayó en el patíbulo junto á él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas á quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba á la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando á pechos juntos vadeaban los hom-

¹ Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispano-americana, el 28 de octubre de 1893.

² La bandera, el estandarte.

bres el agua enfurecida por donde iba la redención á Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la Naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fué aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado á quien quería, y manda que todo cese á su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife á Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lóbreguez el valle todo; y á tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado á otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el Dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, ilumina y arrebató. Vencer no es el sello de la divinidad? Vencer á los hombres, á los ríos hinchados, á los volcanes, á los siglos, á la Naturaleza? Siglos, cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? No desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene á sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? No le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados ó sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el Sol llega á creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abra-

sa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Ampure en los rejones de sus lanzas; y descenden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito ú osadía lo anhelan para sí, ó estéril triunfo de un bando sobre otro, ó fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio ó la virtud en los instantes de suma angustia ó pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea ó desinterés por donde vislumbran su rescate. Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas á los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene qué hacer en América todavía!

América hervía, á principios del siglo, y él fué como su horno. Aun cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norte América el libro revolucionario, á avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende á borca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática

del español segundón y desheredado, iba á la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando;—ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, ó por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, veía Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vió, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza: la familia entera del pobre inca pasa, muerta á los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo: pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban á su patria; sin casa á donde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva; en garlitos van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno,—aunque de miedo á sus comuneros lo dejó el verdugo vivo,—porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la

constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló ó enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fué regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto pereune al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, á las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió á tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El Cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas; parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, ó huían despavoridos por el Cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El Cielo mismo debía, en verdad, detenerse á ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, ó crespó vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del Universo por la boca del volcan descabezado; y á la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola á flor de agua, por el río

crecido; otros, como selva que echa á andar, vienen costilla á costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcan, y le clavan en el bello encendido, la bandera libertadora! Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego ó la tormenta, de espada á cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadrando el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado á echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo destileado de Córdoba, ó el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspensio como la Naturaleza, á ver á Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y á vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorrallar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. Mira, húmedos los ojos, el ejercito de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas á la vez, el Sol en el acero alegre y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va á nacer un hijo! Y más bello que nunca fué en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

...Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: «José! José! vámonos, que de aquí nos echan; á dónde iremos?» Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, ó dar por nulas ó me-

nores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía á la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vió que la unidad de espíritu, indispensable á la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto á sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, á las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder á nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca ó ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, las mueve á arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron á la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme á sus pueblos y necesidades! Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del Cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia de gobierno local y con la gente de la

casa propia! «José! José! vámonos, que de aquí nos echan; á dónde iremos?»...

A dónde irá Bolívar? Al respeto del mundo y á la ternura de los americanos! A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada á aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona ó una flor á la hermosura! A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes ó personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dió Bolívar á las ideas—madre de América! A dónde irá Bolívar? Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! A los pueblos callados, como un beso de padre! A los hombres del rincón y de lo transitorio, á las panzas aldeanas y los cómodos harpiones, ¹ para que, á la hoguera que fué aquella

existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! A dónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados á la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros á anunciar al héroe,—y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

JOSÉ MARTÍ

FLOR Y LAVA, pes. 64 á 74, 1 vol. Edición de la Librería P. Ollendorf, de París.

¹ Avaros.

LOS TESOROS ESENCIALES

Nada habéis perdido por haber pasado, señoras ex-hermosas, si dejando de ser bellas os adornais con el título de buenas, y lo sois verdaderamente. Belleza convertida en bondad es mirada de Dios que, dejando de iluminar el rostro, se mete para adentro á calentar el alma. Belleza suele valer más en el mundo; y el mundo mismo, tan cautivo de ella, no en pocas ocasiones opta por la bondad: para con el cielo, qué es la miserable belleza humana? Entrais en juicio con Dios, mujeres: Señor, dice una, guardando la boca guardé el alma: no puse mancha en mi honra: la verdad, de mis labios salió: ni hambriento sin pan, ni sediento sin bocado de agua se volvieron nunca de mi casa: si tuve dos vestidos, el uno fué para la mujer desnuda: os serví sirviendo al pobre, os visité, visi-

tando al enfermo: para mi esposo, casta, humilde: para mis hijas, ejemplo: sufrí los agravios, no acoché con mi venganza al prójimo: orden en mi casa, rigidez en mis costumbres. Si esto es ser buena, Señor, lo he sido: si con serlo he alcanzado misericordia, acogedme. Y el Señor la acoge.

Ahora tú, mujer hermosa, veamos tus méritos, tus virtudes. Dirás por ventura: Señor, mis ojos fueron negros, rasgados, sumamente bellos: ay del que se atrevía á mirarme en el centro de esa lumbre mágica... Mis mejillas no les hubieran pedido favor á las de Herodías, la linda hebrea rojeada con la sangre del Bautista. Mis labios fueron ascuas donde ardieron amores y placeres: mi cabellera, la noche recogida en un garbín y puesta en mi cabeza: mi pecho, el suntuoso pala-

cio del deleite: mis manos, envidia de mortales, lo fueron asimismo de ángeles y serafines. No tienes otra cosa que esponer? dice el Señor: fuiste bella; esto no hace al caso para la gloria: esplaya aquí tus obras. Mis obras? Perturbé la tranquilidad de una santa reina infundiendo amor en el rey; le quité su marido á una virtuosa parienta mia; dos ó tres mancebos apasionados se volaron la tapa de los sesos por mi causa; dejé en la calle dos ó tres familias, comiéndome sus bienes de fortuna por conducto de sus padres. Todo lo sé, desventurada; no prosigas: belleza como la tuya, negra es: en el infierno priva y hace ganancia: descende á donde no verás ni una sola de esas á quienes despreciaste por faltas de hermosura visible, y aborreciste con motivo de sus buenas obras.

He aquí la ventaja de las feas que las cultivan, la suerte de las hermosas que no las practican. El nudo del asunto será poner la belleza al servicio de las virtudes, y sacar de ella porvecho que no traspase los límites de la admiración y el respeto que suelen tributarle buenos y malos en el mundo. La mujer buena está sobre la bella en el concepto de los hombres cuya vista rompe la cara y vá á requerir los sentimientos del ánimo allá en el sagrado del espíritu. Salomón delineó la mujer perfecta sin que entre para nada en su modelo la hermosura física: vergüenza, modestia, castidad son diamantes de su cuello; diligente, hacendosa, se levanta á las cinco de la mañana, prende el fogón, reparte á sus criadas la lana para el día, alaba á Dios y sigue trabajando. Su casa está cerrada á los chismes y las farándulas de los vecinos: mentira, nunca por sus labios; murmuración, proscriba de ese recinto sacrosanto. Asco, atildadura, primer en todo: hasta los cozos, las sartenes están colgados con orden admirable en una espetera limpiísima. Sus doncellas no riñen jamás: ni la alegría, ni la tristeza forman escándalos en su casa: moderación preside esas virtudes, y la felicidad, cabizbaja y en silencio, está allí en forma de satisfacción modesta, pasando á los corazones

de toda esa santa familia. Quién habla allí de belleza? Perdonad si le he cogido al Sabio la palabra de la boca, y he hilado el asunto conforme con mis propias nociones de moral, en mi modo de decir y según mi convencimiento. La mujer perfecta es esa, no la bella descuidada de sus obligaciones de hija, esposa y madre. Si yo estoy dando ciento en la herradura y una en el clavo, allí está Xenofonte que corre en mi auxilio, diciendo á su mujer: Tú tendrás, esposa mia, otros cuidados más importantes: tomas una criada que no sabe hilar, y la enseñas. Era desmañada, desagradable: tú la vuelves diestra en sus quehaceres, hacendosa fiel y pronta. El más puro de tus placeres será ver en mí un hombre bueno y sumiso, cuando á fuerza de suavidad y gracia me hayas vuelto perfecto. En el mundo, no es la edad la que se lleva el respeto; es la virtud. Nada más seductor, esposa mia, nada más útil que el orden: hermoso espectáculo, no para el hombre ligero y burlón, sino para el grave y pensador, es ver hasta las marmitas y los cozos colgados con inteligencia. ¹ Ya véis que mi cozo y mi sartén los he tomado del más casto y dulce de los escritores filosóficos, ese en cuyos labios anidaban las abejas del Himeto. Yo he puesto la espetera: bueno es que estén colgadas en ellas esas armas del hogar, utensilios benditos para la mujer que presentan de ejemplar Salomón y Xenofonte. — «Oye, Iscómaco! gusto más de la virtud de una mujer que de una obra maestra de Zeuxis.» Quién es este que así nos interrumpe? Es ese á quien el oráculo de Delfos declaró el más sabio de los mortales, ese á quien los treinta tiranos condenaron á muerte, por que estaba enseñando la sabiduría y propagando los principios morales en Atenas. ²

Entrad conmigo en esta heredad embelesante: sus jardines encierran la familia de las flores, desde la rosa abierta en insolente des-

¹ Iscómaco á su esposa. En las *Ekonomikas* de Xenofonte.

² Se alude á Sócrates.

parpajo, hasta la humilde violeta que se está calladita á la sombra de sus hermanas mayores. Descuellosa la azucena á modo de infanta real; la margarita esparce por los contornos su oloroso aliento, y el jazmín la corresponde echando á su vez raudales que acarician el olfato y pasan á embriagar el alma. El lirio, el lirio azul que se gallardea como un embajador del paraíso, hace figura de poeta en medio de todas esas ninfas de Flora: cantando está, pero de suerte que sus entonaciones no le oyen sino los sílfos y las mariposas á las cuales ha pasado el alma de la aurora muerta de amor por el arco iris. Galán es el clavel que no puede faltar de esos saraos resplandecientes donde rosas, azucenas y margaritas danzan como frenéticas, suspirando apasionadas en los mil brazos de favonio. ¹ Al pie de ellas aprenden á bailar y susurrar esas pequeñuelas, soberbias ya con su hermosura, que se prometen triunfos del alocado céfiro: gramonilla y coronilla se llaman estas princesas de menor cuantía, las cuales suelen tener sus desvíos y aventuras con el ambiguo *pensamiento* que les echa sus besos aromáticos. Un ciclamo pomposo, de pies en un recodo del jardín, espone su mundo de flores carmesíes en esa exhibición de maravillas con las cuales naturaleza acredita su poder: y al otro lado se apiñan más y más un colegio de mirtos en cuyas profundidades rompe con la aurora la música de mil jilgueros. Paredes de color de tierra serían términos desapacibles de tan poéticos dominios: la yedra, extendida sobre ellas, las cubre con sus pámpanos, mientras los arbustos corimbulosos están ofreciendo á la redonda sus racimos de mil formas y matices.

Esta es la parte bella y recreativa de la posesión campestre: la sólida y provechosa, la que constituye la herencia de su dueño y el sustento de la familia, está debajo de la madre tierra en forma de raíz humilde, preparando en sus fibras los principios vitales que sostienen al hombre. Es la papa, cuyo almi-

dón suaviza la aspereza de la sangre: la yuca de harina succulenta: ese aduar del estado llano, tan socorrido para los pobres, compuesto de la sauhoria, el camote, el melloco; el melloco, impulsor incontestable, del cual Hércules sacó por ventura su secreto..... Ahora las espigas? Ved si es gorda y lozana la del trigo, pan en bruto, ese grano sagrado que así representa la vida material como la espiritual; sustancia predilecta de los hombres que se convierte en cuerpo de Dios por obra de una alquimia superior á los alcances de nuestra inteligencia. La cebada es persona humilde; es la plebe de las mieses; y bien como las testas coronadas y los nobles no pudieran vivir sin el pueblo, así la cebada viene á ser indispensable en la gerarquía de la naturaleza. El licor espumante que rebosa del dorado vaso en mesa de reyes; el polvo que va á la espalda del indio sobrio y fuerte en ordinaria mochila, todo no proviene de ella? Noble líquido es el vino, y el más poderoso de los cordiales: *Potentissimum omnium cordiacorum est vinum*, dice Etmülero; pero esa espuma deliciosa, ese oro disuelto con que ingleses y alemanes entonan el espíritu, no sale del trigo ni de la uva: de la cebada sale. Si te nombro, si no te nombro, néctar de Baviera? Humilde eres, pero socorrida; fea, pero de buen obrar: cerveza te llamas, y eres la sustancia con que Ganimedes y Hebes ¹ secundarios mantienen á la muchedumbre y plebe de los dioses. Qué fuera de los ribereños del Danubio, de los insulares del Támesis sin este horrible líquido? El vino, que lo apuren vampiros, que se pierda: la cerveza, que sobreviva al mundo y dé testimonio de la felicidad del género humano á los seres que le han de suceder sobre las ruinas de Germania. Pues el maíz? Riqueza del pobre, fuerza del trabajador constante, oh grano bendito, tú eres pan y vino para la clase más útil é infeliz del Nuevo Mundo. Tu gorda mazorca sería puesta en un altar como elige de un santo, si los frutos de la naturaleza vinieran á ser

¹ El céfiro.

¹ Ambos escanciaban el néctar á los dios del Olimpo griego.

adorados en nuevo figurantismo. Sin maíz, qué es del campesino?, sin maíz, qué es del que ara, el que siembra, el que siega? Si sólido, carne de faisán; si líquido, vino de Burdeos. Maíz, yo te diera ejecutorias, y fueras ofrecido al águila del monte Olimpo, si para crecerte en importancia fuera preciso ennoblecerte. El pueblo, así como es, tiene su valor: quédate de ciudadano de la clase modesta, espina dorsal de la sociedad humana por donde pasan los surcos más delicados y las sustancias de la vida. No es ésta el estado llano de España, la *clase media* de Francia? Tú perteneces al estado llano, maíz; y por eso encierras tantas virtudes en tu seno. El trigo, el arroz, son aristócratas: tú no puedes lo que ellos; pero ellos tampoco pueden lo que tú. El trigo y el arroz son monarquistas; tú eres republicano: hijo del Nuevo Mundo, sustentas, sustentas al arriero que se va tras la acémila cargada; al mestizo, señor de pegujal, rey de la sierra; al indio, al pobre indio, que con un puñado de un grano cualquiera ó un saquito de polvo de cebada pasa el día, y todo se lo trabaja, y todo para sus amos, sus tiranos. Maíz, maíz bendito, nutre al desheredado, salva al pobre, haz tu obra de misericordia sin causarte.

Oís ese mugido lento y amoroso que está resonando en la dehesa? Es la vaca de ubres henchidas que clama por el ordeño; el becerrito acude, se arrodilla debajo de su madre, chupa las tetas con alinco, llama la leche con calabazadas furibundas, las deja en punto y se retrae. Mirad si es armónico y provocativo el ruido de los dos recios chorros que salen del puño de la vaquera y se rompen en caliente espuma en el asiento del dornajo! La leche, vino natural, es el verdadero principio de la vida: en las venas, sangre; en los huesos, tuétano; en los conductos más recónditos, quilo precioso: todo es la leche. Y el queso? y la carne del cebón? y la lana de la oveja? productos que componen los bienes de fortuna de su dueño y son lo esencial de sus posesiones, donde las flores y los arbustos estériles no

son sino arrequives deslumbrantes. Pues yo digo ahora que la belleza en la mujer son las flores marchitables sin valor real ni duradero: son asimismo esas curiosas escoraciones con las cuales las más hábiles suelen dar realce á su hermosura, llamándolas música, dibujo, baile, y otras partes de la educación exterior. Prendas del espíritu, sentimientos del ánimo, virtudes, éstos los tesoros esenciales, granos, raíces, crías y más esquilmos que vuelven opulentos á vincularios y terratenientes afortunados. El hombre cuerdo propenderá á las flores efímeras, las cuales, si animan el iris de sus ojos y acarician su olfato, ni le alimentan ni le sacan de un apuro? Se atenderá á la heredad productora de donde saque pan, vestido, educación para sus hijos. Si así como el propietario industrial y vigilante sabe hermanar en el campo lo bello con lo formal, nos fuere dable criar hijas hermosas cuyo pecho sea semillero de santidades, gloria á Dios! criémoslas, busquémoslas. Pero no echeis en olvido que ni el Sabio exige belleza en la mujer perfecta, ni entre las virtudes con las cuales la adorna Xenofonte encontramos el requisito de la hermosura. Las matitas de rosa, el culantrillo, ni el nardo fragante crecen el valor de una heredad. Las artes á su vez, son partes de la educación femenina, pero de la secundaria: la principal consiste en las nociones morales; el conocimiento de los deberes, la práctica de las virtudes domésticas. Para Salomón y Xenofonte, la sartén primero que la guitarra; los ganchos de la espetera antes que las teclas del piano. Insensato ha de ser el que funde el timbre y la felicidad de su hogar en los mamarrachos que estampa su novia en el cartón y en las raquícticas melodías que estrae de su instrumento. El Consejo de Instrucción Pública de la Gran Bretaña ha declarado el arte de la cocina indispensable para la educación de la mujer: para que se vea si el modo de pensar de los antiguos, en ciertas materias, puede nunca llegar á ser absoluto ni anticuado. En cuanto á los franceses, hasta los hombres son cocineros: testigo Du-

mas el viejo, que pudiera entrar en campo con Heraclides y Mythico en Siracusa, con Bili y Brillat-Savarin en París. Qué diría una presumidilla de las nuestras, si viese á la mariscala de Mac Mahon, su delantal á la cintura, avienta y más avienta el brasero donde se está cociendo la primera refección del presidente de la República Francesa! Instrumentos músicos, canto, baile, en buenhora, niña hermosa:

joven sois y afecta á frivolidades inocentes; mas ved que el ser bonita no excluye el que seáis buena, ni el poseer muchas artes se viene de vuelta encontrada con el conocimiento y la práctica de los deberes femeninos.

JUAN MONTALVO

Ensayo *De la Belleza en el género humano*:
págs. 162 á 170 del Vol. I de *Los Siete Tratados*.

LA AGRICULTURA

DE LA ZONA TÓRRIDA

Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, i cuando sér se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda, ¹
a tus florestas bellas
falta matiz alguno i bebe en ellas
aromas mil el viento;
i greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,•
de inaccesible nieve siempre caño.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se accendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú, en urnas de coral, cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmin viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice ² de Tiro;
i de tu añil la tinta jenerosa
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave ³
para los hijos vierte
del Anahuac ⁴ feliz; i la hoja es tuya,
que, cuando de suave
humo en espiras vagarosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tu vistes de jazmines
el arbusto sabeo, ⁵

¹ Amarillento. ² Molusco que segrega un licor muy usado en la tintorería por los antiguos.
³ Maguei o pita. *Agave americana* L. que da el pulque. — *El Autor*. ⁴ Meseta central de las cordilleras mexicanas. ⁵ El café es originario de Arabia, y el mas estimado en el comercio viene todavía de aquella pa te del Yémen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka. — *El Autor*.

i el perfume le das, que, en los festines,
la fiebre insana templará a Lico.¹
Para tus hijos la procera² palma³
su vario feudo cría,
i el ananas⁴ sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;⁵
sus rubias pomas la patata educa;
i el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro i el vellon de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha⁶
en curamadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos i franjadas flores;
i para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
i para ti el banano⁷
desmaya al peso de su dulce carga:
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las jentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo:⁸
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo:
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava:
crece veloz, i cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Mas oh! si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
i como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
Oh! si al falaz ruido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
léjos del necio i vano
fausto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
Por qué ilusion funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra i pingüe i varia,
al cuidado abandonan
i a la fe mercenaria
las patrias heredades,
i en el ciego tumulto se aprisionan
de miserables ciudades,

¹ Otro nombre de Baco, Dios del vino y de los bebedores. ² Elevada. ³ Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.—(El Autor). ⁴ La piña.

⁵ No se debe confundir como se ha hecho en un diccionario de grande i merecida autoridad la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manihot* de Linneo conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de yuca) con la yuca de los botánicos. — (El Autor).

⁶ Este nombre se da en Venezuela a las *Passifloras* o *Pasionarias*, jénero abundantísimo en especies, todas bellas, i algunas de suavísimos frutos. — (El Autor).

⁷ El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones o haciendas, i de que sacan mediana o inmediatamente su subsistencia, i casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no solo da, a proporcion del terreno que ocupa, mas cantidad de alimento que ninguna otra siembra o plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo i menos cuidado. — (El Autor). ⁸ Abundante.

do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o el patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
i combaten los vicios
la incanta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo á la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérvida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amador fácil oído
da la consorte: crece
en la materna escuela
de la disipacion i el galanteo
la tierna virgen, i al delito espuela
es ántes el ejemplo que el deseo.
I será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan i sustentan los estados?
De la algazara del festin beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, i esperanza?
Sabrá con firme pulso
de la severa lei rejir el freno;
brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
o animoso hará frente al jenio altivo
del engreído mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,
que riza el pelo, i se unje, i se atavía
con femenil esmero,
i en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz i de la guerra;
ántes fió las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol i encalleció el arado;
i bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

Oh! los que afortunados poseedores
habeis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganáros i atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,

los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo i del honor ruidoso,
la grei de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos:
el campo es vuestra herencia: en él gozáos.
Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
i de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
i a la fortuna la insensata plebe,
i el noble al aura popular adora.
O la virtud amáis? Ah! que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
i a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, i siempre, ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
i el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;¹
i el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud i al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso,
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso.
i el rostro a la beldad tiñe de rosa.
Es allí ménos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
O ménos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
i afeites impostores no se cura?
O el corazon escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz espresa,
i a la intencion ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el jesto;
ni falta allí carmin al rostro honesto
que la modestia i la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
Esperareis que forme
mas venturosos lazos himeneo,
do el interés barata,
tirano del deseo,
ajena mano i fe por nombre o plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
i eleccion libre i mutuo ardor los ata?

¹ Pone agrio.

Allí tambien deberes
hai que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra: el fértil suelo,
áspero ahora i bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, i le tribute esclavo.
Del obstruido estanque i del molino,
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,
consume el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana i la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare;¹
aquí el verjel, allá la huerta ría...
Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las jentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca: oigo las voces,
siento el rumor confuso: el hierro sueña,
los golpes el lejano
eco redobla: jime el ceibo anciano
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga:
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, i rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, i otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
de sonora llama
corre, i sobre las áridas ruinas
de la postrada selva se derrama.
El rauda incendio a gran distancia brama,
i el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya, de lo que ántes era
verdor hermoso i fresca lozanía,
solo difuntos troncos,
solo cenizas quedan: monumento
de la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
i á los rollizos tallos hurta el día:
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza:

¹ El cacao (*Theobroma cacao L.*) suele plantarse en Venezuela a la sombra de árboles corpulentos llamados *bucares*. - (El autor)

a la esperanza, que riendo enjuga
del fatigado agricultor la frente,
i allá a lo lejos el opimo fruto,
i la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta,
i bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced i a compasion te mueva
la jente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
i tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastacion i militar insulto,
aun mas que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia: no el risueño
porvenir que las penas le alijera,
cual de dorado sueño
vision falaz, desvanecido lloré;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrion; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
I pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
erguiese al cielo el hombre americano,
benedicida de ti se arraigue i medre
su libertad; en el mas hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
i el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre i los estados;
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
espiamos la bárbara conquista.
Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa i Motezuma.
Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz ante la lumbre de tu frente,
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana jente),
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero

haga olvidar la antigua tiranía,
i acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar le haga al injuriado hermano,
(ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
i si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazon lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late,
i codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldon estime solo i vituperio
el prez que de la patria no reciba,
la libertad mas dulce que el imperio,
i mas hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea:
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
i sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entónces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma serenidad i regocijo:
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
i no basta la hoz a las espigas.

Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzais sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, i su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
i freno la ambicion, i la lei templo.
Las jentes a la senda
de la immortalidad, ardua i fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; i nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
«hijos son estos, hijos
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima:
de los que en Bocayá, los que en la arena
de Maipo, i en Junín, i en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al leon de España.»

ANDRÉS BELLO

UN VIAJE

Mi partida es forzosa: que bien sabes
Que si pudiera yo no me partiera.

LOPE DE VEGA

El niño Goyito está de viaje. El niño Goyito va á cumplir cincuenta y dos años: pero cuando salió del vientre de su madre lo llamaron Niño Goyito; y niño Goyito le llaman hoy; y niño Goyito le llamarán treinta años más; porque hay muchas gentes que van al Panteón¹ como salieron del vientre de su madre.

Este niño Goyito, que en cualquiera otra parte sería un don Gregorio de buen tamaño, ha estado recibiendo por tres años enteros cartas de Chile, en que le avisan que es forzoso que se trasporte á aquel país á arreglar ciertos negocios interesantísimos de familia, que han quedado embrollados con la muerte súbita de un deudo. Los tres años los consumió la discreción gregoriana en considerar cómo se contestarían estas cartas, y cómo se efectuaría este viaje. El buen hombre no podía decidirse ni á uno, ni á otro. Pero el corresponsal menudeaba sus instancias: y ya fué preciso consultarse con el confesor, y con el médico, y con los amigos. Pues, señor: asunto concluido: el niño Goyito se va á Chile.

La noticia corrió por toda la parentela; dió conversación y quehaceres á todos los criados, afanes y devociones á todos los conventos; y convirtió la casa en una Liorna. Busca costureras por aquí, sastres por allá, fondista por acullá. Un hacendado de Cañete mandó tejer en Chíncha cigarreras. La Madre Traverseración del Espíritu Santo se encargó en un convento de una parte de los dulces: Sor María en Gracia fabricó en otro su buena porción de ellos: la Madre Salomé, abadesa indigna, tomó á su cargo en el suyo las pastillas: una monjita recoleta mandó de regalo un escapulario: otra, dos estampitas:

el Padre Florencio de San Pedro corrió con los sorbetes; y se encargaron á distintos manufactores y comisionados, sustancias de gallina, botiquín, vinagre de los cuatro ladrones para el marco, camisas á centenares, *capingo* (don Gregorio llamaba capingo á lo que llamamos *capote*), chaqueta y pantalón para los días fríos, chaqueta y pantalón para los días templados, chaquetas y pantalones para los días calurosos. En suma, la expedición de Bonaparte á Egipto no tuvo más preparativos.

Seis meses se consumieron en ellos, gracias á la actividad de las niñas (hablo de las hermanitas de don Gregorio, la menor de las cuales era su madrina de bautismo) quienes, sin embargo del dolor de que se hallaban atravesadas con este viaje, tomaron en un santiamén todas las providencias del caso.

Vamos al buque. Y quién verá si este buque es bueno ó malo? Vá'game Dios! qué conflicto! Se ocurrirá al inglés don Jorge, que vive en los altos? Ni pensarlo: las hermanitas dicen que es un bárbaro, capaz de embarcarse en un zapato. Un catalán pulpero, que ha navegado de condestable en el *Esmeralda*, es por fin el perito. Le costean caballo: va al Callao: practica su reconocimiento: y vuelve diciendo que el barco es bueno, y que don Goyito irá tan seguro como en un navío de la Real Armada. Con esta noticia calma la inquietud.

Despedidas. La calesa trajina por todo Lima. *Conque se nos vá Ud.? Conque se decide Ud. á embarcarse?... Buen valorazo!* Don Gregorio se ofrece á la disposición de todos: se le bañan los ojos en lágrimas á cada abrazo: encarga que le encomienden á Dios: á él le encargan jamones, dulces, lenguas y cobranzas; y ni á él le encomienda nadie

¹ Cementerio de Lima.

á Dios; ni él se vuelve á acordar de los jamones, de los dulces, de las lenguas, ni de las cobranzas.

Llega el día de la partida. Qué bulla! Qué jarana! Qué Babilonia! Baules en el patio, cajones en el dormitorio, colchones en el zaguán, diluvios de colchastros por todas partes. Todo sale por fin, y todo se embarca, aunque con bastantes trabajos. Marcha don Gregorio, acompañado de una numerosa caterva, á la que pertenecen también, con pendones y cordón de San Francisco de Paula, las amantes hermanitas, que sólo por el buen hermano pudieran hacer el horrendo sacrificio de ir por la primera vez al Callao. Las infelices no se quitan el pañuelo de los ojos; y lo mismo le sucede al viajero. Se acerca la hora del embarque, y se agravan los soponcios. — *Si nos volveremos á ver?*... Por fin, es forzoso partir: el bote aguarda. Va la comitiva al muelle: abrazos generales: sollozos: los amigos separan á los hermanos.

--Adiós, hermanitas mías!--Adiós, Goyito de mi corazón! *La alma de mi mamá Chombita te lleve con bien.*

Este viaje ha sido un acontecimiento notable en la familia: ha fijado una época de eterna recordación; ha constituido una era, como la Cristiana, como la de la Hégira, como la de la fundación de Roma, como el Diluvio universal, como la era de Nabonasar.

Se pregunta en la tertulia: «Cuánto tiempo lleva fulana de casada?»

— «Aguarde Ud.: fulana se caso estando Goyito para irse á Chile»...

— «Cuánto tiempo hace que murió el Guardián de tal convento?»

— Yo le diré á Ud.: al padre Guardián le estaban tocando las agonías, al otro día del embarque de Goyito. Me acuerdo todavía que se las recé, estando enferma en cama, de resultas del viaje al Callao»...

— «Qué edad tiene aquel joven-cito?»

— «Déjeme Ud. recordar. Nació en el año de... Mire Ud.: este cálculo es más seguro: son habas contadas: cuando recibimos la primer carta de Goyito estaba mudando dientes. Con que, saque Ud. la cuenta»...

Así viajaban nuestros abuelos; así viajarían, si se determinasen á viajar, muchos de la generación

que acaba, y muchos de la generación actual, que conservan el tipo de los tiempos del virrey Avilés; y ni aún así viajarían otros, por no viajar de ningún modo.

Pero las revoluciones hacen del hombre, á fuerza de sacudirlo y pelotearlo, el mueble más liviano y más portátil; y los infelices que desde la infancia las han tenido por atmósfera, han sacado de ellas, en medio de mil males, el corto beneficio siquiera de una gran facilidad locomotiva. La salud, ó los negocios, ó cualesquiera otras circunstancias aconsejan un viaje? A ver los periódicos. Buques para Chile. Señor consignatario, hay camarote? — Bien. — Es velero el bergantín? — Magnífico. — Pasaje? — Tanto más cuanto. — Estamos convenidos. — Chica, acomódame una docena de camisas y un almofrez. Esta ligera apuntación al abogado; esta otra al procurador. Cuenta, no te descuides con la lavandera, porque el sábado me voy. Cuatro letras por la imprenta, diciendo adiós á los amigos. Eh: llegó el sábado. Un abrazo á la mujer; un par de besos á los chicos; y agur. Dentro de un par de meses, estoy de vuelta. Así me han enseñado á viajar, mal de mi grado, y así me ausento, lectores míos, dentro de muy pocos días.

Este y no otro es el motivo de daros mi segundo número antes que paguen sueldos.

No quisiera emprender este viaje: pero es forzoso. No sabéis bien cuánto me cuesta el suspender con esta ausencia mis dulces coloquios con el público. Quizás no sucederá otro tanto á la mayor parte de vosotros, que corresponderéis á mi amistosa despedida, exclamando: *Mal rayo te parta! y nunca más vuelvas á incomodarnos la paciencia!* En fin, sea lo que fuere, los enemigos y enemigas, descansad de mí insoportable tarabilla: preparad vuestros viajes con toda la calma que queráis: hablad de la ópera como os acomode: idos á Amancaes como y cuando os parezca: bailad zamacueca, á teco tendido, á roso y velloso, á troche y moche, á banderas desplegadas: haced cuanta tontería os venga á las mientes: en suma, aprovechad estos dos meses. Los amigos y amigas, tened el presen-

te artículo por visita ó tarjeta de despedida, y rogad á Dios me dé viento fresco, capitán amable, buena mesa y pronto regreso.

FELIPE PARDO ¹

De Poesía y escritos en prosa. París, 1869.

UN 14 DE JULIO

(HISTORICO)

Voy á referiros una breve y triste historia, y voy á referirla porque hoy habrá muchos semblantes risueños en las calles y es bueno que los alegres, los felices, se acuerden de que hay algunos, muchos desgraciados. Es un episodio del 14 de Julio, pero no del 14 de Julio de 1789, sino del 14 de Julio de 1890. Y la heroína es una paisana nuestra, una hermosa y desventurada mejicana. Ah! De ella hablaron mucho los diarios de París hace dos años; más que de Mme. Iturbe y de sus trajes, más que de la señorita Escandón y de su boda. Arsenio Houssaye, ese anciano coronado de rosas, le dedicó una página brillante, una aureola de oro como esas que circundan las sienes de las mártires. La piedad la amó un momento, un momento nada más, porque la piedad tiene siempre muchísimo que hacer. Y ahora que miro esas banderas, esas flámulas, esos gallardetes, símbolos de noble regocijo, pienso en la pobre mejicana que pasó en París el 14 de Julio de 1890.

Estaba casada con un francés que vino á nuestra tierra cuando la malhadada intervención. Aquí tuvo seis hijos... ya sabéis que la pobreza es muy fecunda! Vivían penosamente, y el marido, esperando en hallar protección más amplia en su país, regresó á Francia con su mujer y su media docena de criaturas. Él era pintor, decoraba, hacía cuadros de flores y de frutas para comedores, iluminaba retratos y tenía buena voluntad para adquirir cualquier trabajo honesto. Pero hé aquí lo que no hallaba. Es tan grande París! Hay en sus calles tanto rui-

do! Es tan difícil percibir allí la voz de un hombre!

Altivo, orgulloso como era, jamás se habría resignado á pordiosear. La miseria, enamorada sempiterna del orgullo, vino á acompañarle.

Una noche, agotados ya todos sus recursos, dijo:

—Es preciso morir.

Le oyó el más pequeñuelo de sus hijos, y preguntó entonces á la madre:

—Mamá, qué cosa es morir?

—Morir, hijito, es irse al cielo.

—Y cómo será el cielo? como el mar?

—No; el cielo es un jardín en donde hay muchas flores y muchas frutas y muchos juguetes para los niños.

—Sí; pero no serán para mí. También aquí hay todo eso y nada es mío.

—En el cielo cogen los niños que no son traviesos cuanto quieren.

—Mamá, vamos al cielo!

La muchachita, que escuchaba atenta, terció entonces en la plática:

—Pero el viaje ha de ser largo, muy largo... De aquí al cielo!...

—No, mucho más cómodo y más rápido que el de México á Francia. Se duerme uno y cuando despierta está en el cielo.

—Y allá hay fiestas como la de mañana, con fuegos artificiales y con músicas?

Todo el año.

—Pues iremos.

Y aquellas criaturas, para quienes la tierra era tan dura, se alborotaron con la idea de ir al cielo.

Morir! Qué hermosa palabra! Sonaba en sus oídos como suena, cautando, en los de algunos hombres.

—Pero no nos iremos todavía—dijo otro de los niños. Mañana es el 14 de Julio. Quiero ver los fuegos.

Padre y madre cruzaron una mirada suplicante.

—Esperaremos!

Casi habían olvidado ya su hambre, con la esperanza de ir al cielo y se durmieron soñando en rehiletes de estrellas y en jugueterías de porcelana blanca, atendidas por ángeles. Sólo la más chiquita, que no había entendido, dijo con voz desfalleciente:

¹ Escritor humorístico peruano (1806 á 1868.)

—Mamá! Papá!...

Los dos esposos se miraban sin hablar. Cómo esperar á mañana?

—Yo puedo todavía, vendiendo lo último, juntar un franco. Pedro, quiere Juanito ver los fuegos?

Y aguardaron...—sería blasfemia escribir: esperaron.—El padre tenía una tablita de flores pintadas, que no había podido vender. Iba á regalársela á la buena señora del estanquillo. Tal vez le diera algo!

Muy temprano fué. Ya cantaba la fiesta su himno triunfal en plazas y bulevares.

A poco, abríase de nuevo la puerta del tabuco, y el pintor entraba de regreso.

—¿Qué te dieron?

Aqué!, vencido, sin desplegar los labios, dejó caer en el suelo unas cuantas estampas.

Eso... para que los niños se diviertan. No recordais la historia de Schiavone? Aquel pintor veneciano también tenía una mujer, seis hijos y hambre. También era soberbio. Y pintó no sé qué para los padres de la Santa Croce; fué á entregar su trabajo y los padres le dieron como recompensa un ramillete de rosas. También dejó caer las flores sobre la desnuda tarima, y la blanca Giacinta, su mujer, fué deshojando en los platos vacíos, y cuando ya no hubo más pétalos, dijo al esposo y á los hijos:

—Venid; ya está la cena.

Un instante después moría de hambre.

La mejicana sí había reunido ya algo más de un franco para pasar el día 14. Todos juntos salieron á la calle, para que los niños pasearan. Qué alegría! qué esplendor!

Los muchachitos, débiles y enfermos, al pasar por frente á los aparadores decían:

—Mamá, qué hay en el cielo, pollo asado?

—Y jamón?

—Y pasteles?

La muchacha más grande, la de catorce años, veía con tristeza los escaparates de las tiendas de modas. Era hermosa, y se iba sin que el mundo la hubiera conocido. Tal vez la pobrecita no creía en el cielo; pero en la muerte hospedadora sí. No engañaron sus oídos las músicas de viento; no engañaron sus

ojos los fuegos artificiales; no engañaron su imaginación las promesas de cielo. Sí, el cohete sube, también resplandeciente quiere llegar á las estrellas... pero en el aire se apaga. Lo cierto es la armazón, es el esqueleto del «castillo» que un momento fulguró. Y lo cierto es la noche densamente negra.

Ella fué la primera que dijo:

—Ya nos vamos?

Y los niños más chicos, en coro repitieron:

—Sí, papacito, vámonos al cielo.

En el camino compraron un pan. Tenían más hambre, mucha hambre. En su tabuco devoraron aquel pan. El padre no; no pudo. La madre no; no quiso.

Pero en ese pan habíase empleado hasta el último céntimo. Y para dormir bien, para dormir como ellos querían, el carbón era indispensable.

Ah, no hay cuidado! dijo la mayor. La portera me fía.

Y salió. Y lo trajo.

No hubo necesidad de que apagaran la vela. También ella se apagó. Ardía el carbón, y su fulgor dantesco semejaba un boquete del infierno asomando en la sombra. Quién llora? Quién solloza? Quién se queja? Quién se retuerce? Quién sofoca blasfemias? Quién se ahoga?

La asfixia se lleva primero al niño de pecho, amordaza después á los más débiles; amarra á los padres para que presencien impotentes la agonía de sus hijos; y en medio de este horror y de esta espantosa lucha muda, rasga el silencio la voz de la hija mayor:

—Ya no! Ya no! Ya no quiero morir! Padre, perdóname!

Al día siguiente, un vecino rompió la puerta: adentro estaban los cadáveres. Los sacan al aire, hacen esfuerzos inauditos... Todo inútil!

Verdad que ese cuadro debió de ser horrible! La vida inventó un castigo, inventó un suplicio que no había soñado el Dante: la madre estaba viva!

Ah! éste sí que excede á todos los tormentos! Ugolino devora á sus hijos; pero los lleva dentro de sí. Y Ugolino muere. A aquella madre no la quiso la muerte.

En dónde está? No se ha aplacado Dios? No ha permitido que muera? Santo cielo! Cuando asisto á las fiestas de este día, cuando miro reír y jugar en la *kermesse* á tantos niños bien vestidos, pienso en las inocentes criaturas que,

hambrientas y asfixiadas, perecieron há dos años, y digo á las almas buenas:

— ¡Una caridad, por amor de Dios!

... Señor, en dónde está la pobre mejicana? Si vive aún, dale la muerte de limosna!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

UNA CARTA

Los sucesos inmensos que se verificaron al Sur de Colombia y en el Perú y Bolivia en los años que trascurrieron hasta 1825, ocuparon completamente toda la atención del Libertador Bolívar; mas en el primer término de reposo, pensó en su sobrino, hijo de su hermano Vicente, á quien amaba con ternura, y escribió, enviando desde Magdalena, cerca de Lima, las instrucciones para el maestro á quien Alderson hubiera confiado la educación de su sobrino Fernando, en los Estados Unidos de América.

Dice así:

La educación de los niños debe ser siempre adecuada á su edad, inclinaciones, genio y temperamento.

Teniendo ahora mi sobrino más de doce años, deberá aplicarse á aprender los idiomas modernos sin descuidar el suyo. Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos.

La geografía y la cosmografía deben ser los primeros conocimientos que haya de adquirir un joven.

La historia, á semejanza de los idiomas, debe principiarse á aprender por la contemporánea para ir remontando por grados hasta llegar á los tiempos oscuros de la fábula.

Jamás es demasiado temprano para el conocimiento de las ciencias exactas, porque nos enseña el análisis en todo, pasando de lo conocido á lo desconocido, y por este medio aprendemos á pensar y á raciocinar con lógica.

Generalmente todos pueden aprender la Geografía y comprenderla, pero no sucede lo mismo con el Algebra y el cálculo integral y diferencial.

La memoria demasiado pronta

siempre es una facultad brillante, pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que al niño que demuestra demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria deberá enseñársele aquellas cosas que le obliguen á meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, deberá ya enseñársele de memoria y á recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo están sujetos á fortalecerse con el ejercicio.

La memoria debe ejercitarse cuanto sea posible, pero jamás fatigarla hasta debilitarla.

La estadística es un estudio necesario en los tiempos que atravesamos, y deseo que la aprenda mi sobrino.

Con preferencia se le instruirá en la mecánica y en las ciencias del ingeniero civil, pero no contra su voluntad, si no tiene inclinación á esos estudios.

La música no es preciso que la aprenda, sino en el caso que tenga pasión por este arte, pero sí debe poseer, aunque sea rudimentos de dibujo lineal, de astronomía, química y botánica, profundizando más ó menos en esas ciencias, según la inclinación ó gusto por alguna de ellas.

La enseñanza de las buenas costumbres ó hábitos sociales es tan esencial como la instrucción; por eso debe tenerse especial cuidado en que aprenda en las Cartas de Lord Chesterfield á su hijo, los principios y modales de un caballero.

La moral en máximas religiosas y en las prácticas conservadoras de la salud y de la vida es una ense-

ñanza que ningún maestro puede descuidar.

El derecho romano, como base de la legislación universal, debe estudiarlo.

Siendo muy difícil precisar dónde termina el arte y principia la ciencia, y si su inclinación le decide á aprender, algún arte ú oficio, yo lo celebraría, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero faltan buenos mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para su prosperidad y bienestar.

El baile, que es la poesía del movimiento y que da gracia y soltura á la persona, á la vez que es

un ejercicio higiénico en climas templados, deberá practicarlo, si es de su gusto.

Sobre todo recomiendo á Ud. inspirarle el gusto por la «ciudad culta» donde el bello sexo ejerce su benéfico influjo, y ese respeto á los hombres de edad, saber y posición social, que hace á la juventud encantadora, asociándola á las esperanzas del porvenir.

Pueblo de Magdalena, cerca de Lima, año de 1825.

SIMÓN BOLÍVAR

De la *Unión Ibero-Americana*, de Madrid.

COMO EL ALPACA SOLITARIA

Pero no, no sea de venganza la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, ó de haber contribuido á un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la esacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado ó realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto á la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir mal. Qué gusano, qué víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago, han podido llegar hasta él? Es él un gusano? Es él un áspid? Es él una escrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han sollevado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que le asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y nó la conciencia individual que siempre toma su fuerza en la inconciencia circunstante, sino la con-

ciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando á la naturaleza, sacrifica el individuo á la especie, la personalidad á la colectividad, lo particular á lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre á la humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otros pasan como por debajo, precipitándose estruendosamente en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras, qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir el penúltimo pico de la cuspide misma del desolado ventisquero del *Planchón*, un alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero y hundiéndose en los cónca-

vos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que el alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horrísonos truenos la amenazaban y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido á buscar la curación de sus dolencias ó de sus pasiones en aquella salutífera desolación, se entretenía contemplando la angustiosa lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, estos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquellos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, el alpaca solitaria, indiferente á los gritos y á las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo, por

primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que lo habían acosado, dirigió una mirada plácida á los hombres, á los torrentes desenfrenados y al abismo á donde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, trasmitió á sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que á todo ser viviente commueve en el instante mismo de su salvación; y dirigiendo otra mirada sin encono á las fuerzas naturales y á los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente á su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en el alpaca descarrada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

EUGENIO M. HOSTOS ¹

¹ La página que antecede es un fragmento de un discurso pronunciado por Hostos en 1884 en la Escuela Normal de Santo Domingo; fundador y Director de esta Escuela, lo pronunció al graduarse sus primeros discípulos dominicanos. Hostos, nacido en Puerto Rico y educado en España, es uno de los más geniales espíritus del Nuevo Mundo. Enseñó en Santo Domingo y en Chile.

NÚMEROS

Dejemos el camino del vulgo.

Ya no queremos tropezar: la sombría y estrecha calle de la política fué siempre intransitable para nuestro pie torpe y pesado. Por el *Río de la Muerte* solíamos caminar con alguna expedición. Por los verdosos suelos de la calle pública ó sea del Estado, nos andamos siempre á resbalones y grandes caídas. Nos falta habilidad para ir derechos por esos lomos ó filetes angos-

tos que la humedad borda y esmalta con sus notas traicioneras.

La política es el camino del vulgo. Las pequeñas personalidades saben ir por esa ruta peligrosa, como si ella fuese el camino de su casa. Cuando menos se piensa saltan á las poltronas elevadas del Ministerio, encuentran un solio, y,

aturdidas de maravilla, vense por derecha é izquierda y por detrás y por delante impedidas de moverse: hacen valla los muñecos que piden, los que juran amor y fidelidad, y votan grandes cualidades para el señor. Este, necio quizá, se convierte en Quirino. Quien haya hecho algún estudio, ha de saber que Tiberio, el más grande de los disolutos, tuvo apoteosis, y que en Francia Luis XIV mereció el renombre de *grande*.

Los más sobresalientes no son inútiles para administrar el bolsillo de los contribuyentes; pero cualquiera podría jurar, sin temor de condenarse por perjurio, que sobre este mezquino terrón de la carne hirviendo no ha habido menos de un noventa por ciento de políticos ladrones, disolutos, mentirosos, asesinos y sancho panzas. Es preciso ignorar la historia de esta paila de grasa que se llama tierra, para no saber que el barro fué fecundísimo en Baltasares, Sardanápalos, Vitelios y Enríques Octavos, en tanto que ha demostrado ser muy bajo para producir virtudes públicas.

* *

Por un hombre de bien coronado, vestido de púrpura ó puesto á la sombra de un pabellón presidencial, surgen al tablado más alto de la política innumerables docenas de perversos. Dios está dormido. Nuestra historia cuenta seis mil años. Pues desde el primer día se durmió el Poderoso. Sueño de gran rey universal. Todavía no despierta. Ronca á pierna suelta como bien-aventurado. Los gemidos del Nazareno no logran hacerle abrir los ojos. Hizo su cosa y descansó. Séptimo día fatal! Adán y Eva fueron echados del jardín por cualquier papanatas Secretario de Estado. Dios dormía y duerme, y la culebra encarnizada sigue mordiéndonos el talón de segundo á segundo.

* *

Ah! si el gran artífice despertara!... Entonces ya no habría pícaros traficantes, ladrones solapados, asesinos que rompen el cuello con el cuchillo de la justicia; entonces

ya no habría, si el gigante incommensurable volviera á tomar las riendas de esta inmensa muchedumbre de planetas, entonces caerían hechos pedazos de su alto trono, los hipócritas, los que negocian en adulación, los que venden su alma al auxilio indecoroso, los que arrebatan, de su mano seca de sangre, el seco migajón al que muerde la limosna y bosteza de alegría, porque una gota del cielo humedece su labio.

* *

Pero es inútil. Hay que entregar al que supere en maña, en destreza para negociar. El poderoso titán se acostó con sueño horrible, luego que hubo redondeado su obra con las esquinas de Adán y las curvas de Eva. Se acostó y el sueño de un Dios tiene que ser de siglos y millones de siglos! Despertará ese gran soberano cuando todos los planetas se hagan polvo á puñetazos, los unos contra los otros. Y se pasará el dedo perezosamente por el lagrimal para quitarse la divina legaña y ver claro; y luego dirá que no salió bien el ensayo, y que vaya todo al demonio, mientras piensa cosa mejor. En tanto nosotros, ah! nosotros los que no tenemos pie firme para ir por el camino de esta enorme balumba de nervios ansiosos, seremos víctimas. Los altares del Gobierno civil ó religioso se hartarán de nosotros. Pobres estúpidos... pobres, pobres!

* *

Convenzámonos de nuestra inutilidad y entreguémonos á los vivos. Que sean ellos los mandadores: que sean ellos los intrigantes: que sean ellos, que se duelen poco de la desgracia de los hombres, los que comen de la mazorca del campesino sin mira de pagar, los que buscan utilidad por cualquier medio, los que van de una tierra á otra, sin patria, como el judío errante, porque piensan que la providencia los hizo sanguijuelas de cualquier pozo.

Pío Viquez

Mis étnica, ps. 39 y 40.

PÁGINAS ÍNTIMAS

UNA CARTA EN EL DESTIERRO

Ninguna correspondencia más ansiosamente esperada, con más interés leída, devorada con más inquietud, que las cartas que espera y recibe de su patria un recién desterrado. Cuán presente se tiene el itinerario de los vapores, con qué puntualidad se acude á la oficina del correo, cómo llena una simple carta el vacío de las horas silenciosas de la emigración, como si fuera un acontecimiento. Una carta! Qué traerá? Todo se espera en ella. La noticia fresca del último suceso, el anuncio de nuevos reveses y contrariedades; el pronóstico de futuras desgracias; un rayo de esperanza; la súbita claridad que derrama en el alma un ensueño patriótico; la palabra viril de la indignación reprimida en la pública lucha, que estalla en el seno de la correspondencia privada; la intención y el alcance de las secretas confidencias; las protestas alentadoras del compañerismo; la expresión airada del desengaño que se traduce en sarcasmo; las insinuaciones cordiales que suponen la amnistía; las cobardes reticencias de los tímidos egoístas que nos escriben por urbana costumbre. Luego los negocios, los intereses, los compromisos que nos reclaman desde lejos. Y sobre todo esto, como sobre los ecos de la multitud que parecieran solicitarnos por todas direcciones, levántase un eco más sonoro, una nota más vibrante, más íntima, más conmovedora: la voz de la familia, de la madre, de la esposa, de la novia, que encuentran la distancia enorme, la ausencia interminable, las horas lentas, la vida y el hogar como anegado en sombría tristeza.

El día de correo es generalmente un día de vivas emociones. Tal vez sólo una carta llega á nuestras manos; tal vez sólo da la noticia de que los nuestros están bien: gran cosa en verdad, que basta y sobra para nuestro placer; es un golpe de luz que borra la huella del último

insomnio, la impresión de negra pesadilla, que nos representaba en el fondo de estrecha prisión á uno de nuestros leales amigos, ó las garras sangrientas de vaporosas estinfálidas, ó descoyuntándose en violentas convulsiones de agonizante á uno de nuestros hijos. Tal vez esa carta no contiene más que un saludo, cuatro renglones escritos con la precipitación de la última hora: ello es bastante. Ya calmaremos la sed de nuestra curiosidad ó de nuestro anhelo en las cartas de nuestros compañeros emigrados, de las que nos enteraremos como si fueran á nosotros mismos dirigidas: ya las completaremos interlineándolas con nuestro pensamiento.

Y si nada nos llega, si la correspondencia ha sido violada ó estraviada, si la falta es como un paréntesis del olvido;—si no nos llegan ni periódicos, porque las prensas de donde salían aquellas hojas valientes están paralizadas por el despotismo; si sólo tienen la palabra la adulación abyecta que insulta á las víctimas y alaba al victimario; si á pesar del desprecio de los principios y la violación de las leyes, un periódico servil nos habla, importuno y falso, del bienestar de la República, dándole á ésta semejanza con la estatua de Luciano, que contenía la podredumbre bajo la cubierta del mármol de Paros; si llenos de escepticismo, venos en este significativo y brutal enmudecimiento de la oposición á que pertenecemos, el signo revelador de la decadencia nacional, hay tal vez una carta, un concepto, un recuerdo, una palabra que nos anima, y que despeja las nubes que se van acumulando en nuestra frente.

Acabo de recibir mi correspondencia. De todo me he impuesto. Muy bien; estoy contento: todo lo he leído. Pero qué descubro? De un sobre de que ya he sacado una de mis cartas se desprende otra

pequeñita, doblada primorosamente como un billete de joven enamorada; vamos, una nonada, un capricho. Dentro de la carta de la madre, hame enviado también la suya mi chiquirritín, que apenas raya en cuatro años. Allí está su firma, mi homónimo; lo adivino, es él. La leo, la traduzco, la interpreto con el corazón; y esa cuartilla horroneada, que semeja un antiguo manuscrito chino, una curiosidad arqueológica; esa escritura *sui generis*, de caracteres ininteligibles, contrahechos, raros; esa misiva imposible, es para mí la carta más elocuente. El chico me expresa muy bien sus sentimientos con esos garrrapatos. Su epístola, no se entiende; pero, qué lindas frases, qué bello lenguaje! Apenas hace palotes, pero hay en la soltura de esa mano infantil, en el elegante descuido de esa letra de sabio, que remata un vocablo con un golpe de brocha, ó lo termina con un perfil caprichoso, ó apenas perceptible, la pretensión de hacer una carta verdadera. Cierito es que á veces esos garabatos parecen signos musicales, huellas húmedas de insectos, rasgos hechos al acaso, cifras cabalísticas, nerviosos trazos de pincel, miniaturas caricaturescas de un artista loco.

Pero ese idioma extraño, de ortografía misteriosa, es un idioma dulcísimo, incomparable, que los padres comprendemos á las mil maravillas. El alma de los padres descubre el sentido oculto de esos gerglíficos, corrige en su mente esas imperfecciones adorables, complementa, lima y redondea esos perfidos, da forma á esos bocetos informes, fija los contornos y dintornos de esas vagas concepciones, da sér y espresión á esos lineamientos y perfiles de ideas, que son como los anuncios de una alborada, como los difusos reflejos del espíritu al rayar el alba del pensamiento humano.

Me figuro á través de estos dulces mamarrachos, las mil graciosas muecas de la infancia, los relámpagos de aquellos ojitos llenos de candorosa malicia, la sonrisa genial de los niños, las rígidas aptitudes del rapazuelo que trabaja como en

una obra seria, los movimientos de aquella boquita entrecabierta que sigue los de la mano por modo estremadamente cómico; el mohín, el gesto espresivo, la charla aturdidora, las caricias violentas, las socarronerías, las balbucencias insinuantes y las palabras de tierno despecho, la risa franca y llena después de las lágrimas de pena simulada ó fugaz, que caen como suave lluvia á pleno sol.

Me imagino á mi pequeñuelo observando á su buena madre que me escribe y luego haciendo á un lado los juguetes, levantarse súbitamente como movido por un resorte, pedir papel, pluma y tinta, arrodillarse sobre una silla, é inclinándose de codos sobre la mesa, exclamar muy formal y con la mayor naturalidad, como si fuera un hombre: «Voy á escribir una carta á mi papá».

Y en esa actitud le veo destacarse en un fondo diáfano con una nitidez tan delicada y una tonalidad tan risueña, que me empeno por conservar la visión en la mente. Es el asunto de una acuarela de efectos primaverales, que trato de fijar como en un lienzo con los más suaves rasgos y el más bello colorido. La imagen aparece y desaparece, se eclipsa, y surge de la sombra, como al abrir y cerrar de una ventana se presenta y se oculta el jardín iluminado y riente como encuadrado en un marco. Pero al aparecer el objetivo en el campo visual, aquella figurita, que se inclinaba sobre la mesa, y tomaba la pluma con aire resuelto, la ha introducido hasta el mango en el tintero; luego viene la catástrofe: la tinta se derrama y unas cuantas gotas brillan en el blanco papel como negras perlas diamantinas. Aquella carita inteligente se llena de angustia: las comisuras de los labios se arquean hacia abajo, haciendo pucheros, y brotan las lágrimas. No hay cuidado. Esto no vale nada. Venga nuevo papel, venga más tinta. Todo está ya arreglado, y el bribonzuelo recommienza la tarea. Se mueve, se encorva, pone los codos sobre la mesa y el pecho en el borde, casi la toca con la cara; toma posturas divertidísimas, ha logrado ya trazar

un rasgo vigoroso, una cadena de emes interminable, bravo! él vuelve la vista con aire de triunfo... Ora parece agitado, ora pensativo: aquella fisonomía movable y vivaz ha conseguido serenarse, nótese que adquiere cierto aspecto de hombre reposado. Trabaja y concluye —Ya está— Y la firma? Ah! faltaba—Entonces dibuja con energía el más grande y característico de sus garrapatos. Una ola de satisfacción baña el semblante. La obra está hecha, y qué bien!

Y estas diversas actitudes, y estos cambios, van reproduciéndose y multiplicándose en mi imaginación como las copias sutiles de un cuadro viviente. Como el negativo de un aparato de fotografía que sorprende los diversos giros y movimientos de las alas en el vuelo de las aves, así voy recogiendo los múltiples giros y movimientos de alas de aquella almita, reflejados en los juegos de su fisonomía.

No es esta cartita, garabateada y rubricada por el pendolista más abominable, pero más gracioso del mundo, un verdadero documento humano, que indica el primer incierto paso de la niñez por el camino de la vida intelectual?

Esa carta no habla pero acaso el gran cómico Coquelin, con un solo gesto, un entornar de ojos, una contracción muscular, no descubre la intención honda y penetrante del más intencionado discurso? Cuántos pensamientos no sugiere por el lado ridículo, por el aspecto severo ó trágico de las cosas, aquella expresión muda, pantomima suprema del ingenio?

Esa carta es una parodia, una burla, una muñeca; pero la intención habla en ella: su autor me saluda, me sourie, me besa, me reclama sus premios, me aturde con las caseras mentirijillas, con la crónica dislocada é incongruente de los sucesos mal comprendidos, con la negación de travesuras y picardihuelas, con las lisonjeras y formales promesas, los tiernos sueños de color de rosa y el mariposeo de ilusiones infantiles, y con todo ese

acopio de ideas fragmentarias, de impresiones fugaces, de percepciones confusas que ofrece la gestación mental en la vida de los niños.

Luego me traslado al porvenir, y descubro que esa carta es un presagio. Mi hijo será con el trascurso del tiempo un hombre, quizás un hombre de letras. Esa manecita que hoy borrona de modo casi inconciente, marcará tal vez en gallardos caracteres la huella de sus impresiones, de sus dudas, de sus desencantos; espondrá el resultado de sus estudios, de sus observaciones; se inclinará sobre el escritorio bajo el peso de pensamientos graves, hará vibrar la pluma al calor de sus entusiasmos patrióticos, dejará deslizarse blandamente la onda sonora de su estilo; envolverá en periodos rotundos y armoniosos la idea vencedora; evitará la monotonía del lenguaje, estrellándolo con chispazos brillantes, y dará realce y mérito á los conceptos comunes y pedestres con los secretos de la entropelia y del arte. Se apasionará de las letras; aspirará á la gloria, la entreverá como un punto vago en la penumbra; y tal vez por un capricho del destino, como sucede á muchos pensadores y á muchos grandes artistas, no alcanzará á tocarla, porque la gloria le circundará como vapor inconsútil, ó le seguirá por detrás en el sendero de la vida como impalpable sombra...

Ó será un zote, un pobre embaurnador de papel con necias pretensiones literarias. Oh! No quiero pensar en esto! No lo será, vive Dios!

Pero la carta de mi pequenuelo, cualesquiera que sean las reflexiones á que me conduzca y las sugerencias que en mi ánimo despierte, es y será para mí la primera página de mi álbum íntimo.

PEDRO ORTIZ ¹

¹ Artista y periodista. Nació en Segovia (Nicaragua) en 1859; murió en San José de Costa Rica en 1902. El Gobierno de Nicaragua hizo una edición oficial de sus obras en 1898.

EL SABIO

En la escala de los seres, el hombre es el primero. En la escala de los hombres, el sabio es el más grande.

El sabio es el que más se aproxima á la Divinidad: el que da honor á la especie y luces á la tierra.

El nacimiento de otros hombres es suceso ordinario, que no influye en las sociedades. El nacimiento de un sabio es época en la historia del género humano.

Cantad himnos de gozo, hombres de todos los países. Ya nació el que ha de manifestar vuestros derechos y dignidad: el que ha de dar conocimientos á los que son desvalidos porque no los tienen: el que ha de escribir para que los hombres no sean tiranos con los hombres: el que ha de iluminar la oscuridad del Africa, ilustrar la India y derramar luces sobre nuestra patria.

Tendiendo la vista por toda la tierra, ve el sabio que después de siglos hay todavía salvajes en ella: ve que hay samoyedos y lapones, cafres y hotentotes en el otro continente, omeguas y chaymas, automacuos y guaranos en éste: lacandones y caribes en Guatemala.

El amante de las artes no tiene sentimiento tan profundo viendo manchas en el cuadro más acabado de un genio, como el sabio viendo aquellas hordas en la superficie hermosa del globo.

En el santuario de la sabiduría hace el juramento grande. Oídlo, hombres de todas clases. Jura sacrificar á la ilustración general, todos los momentos de su existencia: reunir todo lo que se ha pensado desde que hay ciencias en el mundo: añadir á la suma de pensamientos creados en los siglos preteritos, los que él mismo ha de crear en el de su vida: difundirlos por los cuatro cuartos del globo: aumentar las luces en unos puntos, disipar las tinieblas en otros. Es inmenso su trabajo, diarias sus vigilias, sin interrupción sus tareas.

Vedlo cogitabundo y abstraído, investigando y observando, revolviendo en la profundidad de la men-

te alguna teoría útil ó algún pensamiento provechoso.

Pide observaciones á todos los individuos y clases: las hace él mismo en uno y otro continente: da vuelta á todo el globo para hacerlas: vela para sorprender á la naturaleza en los momentos en que se deja ver: la fuerza en otros á descubrir sus secretos: examina todos sus seres: recoge todos sus fenómenos.

Humboldt, el hijo amado de la fortuna, poseedor de los dones que ésta regala á sus favoritos, rico y titulado, querido de unos, respetados de otros, sacrificó á las ciencias estos goces pacíficos. Salió del Antiguo al Nuevo Mundo y recorrió las dos Américas durmiendo en playas cubiertas de cocodrilos, internándose en bosques poblados de tigres, pisando las nieves de los Andes, subiendo al Chimborazo y trepando al pico de Orizaba, levantando planos y determinando posiciones para conocer este inmenso continente, para desmentir á los que hacían cuadros horrorosos de esta bella mitad de la tierra, para vindicarnos de las injurias de Paw y de los que decían que los americanos estamos condenados á la ignorancia por el influjo del clima.

Lleno de hechos, rico en observaciones, el sabio se retira á la soledad, porque en la soledad es donde el hombre tiene toda la energía y libertad de su sér; en la soledad es donde el alma, sin pesos que la compriman, se dilata en toda su expansibilidad: en la soledad es donde se produce lo grande, lo perfecto y lo sublime.

Allí medita el sabio: allí desenvuelve sucesivamente todos los siglos: ve en el que precede el germen del que sigue, examina lo presente y se lanza á lo futuro: allí observa la marcha de las sociedades, calcula su movimiento y pronostica su término: allí abraza la naturaleza entera, y humilde primero en la acumulación de detalles, es sublime después en la teoría general del Universo.

No hay clase que no tenga títulos

de gloria en algunos de sus individuos. La que más se desdén, la que más se desprecia, tiene hijos que admiran con su virtud, ó cooperan á la riqueza por su industria. Pero la de los sabios es la que presenta lo más grande, la que hace bien más universal y duradero.

Enorgullécete, hombre, al considerarlo. El sabio es individuo de tu especie; y el sabio ha determinado la figura de la tierra y medido la extensión de su superficie: el sabio ha enumerado la multitud inmensa de seres que la pueblan y señalado los caracteres que los distinguen: el sabio ha dado las dimensiones de los astros que rotan en el espacio: el sabio ha descubierto las fuerzas de la naturaleza y enseñado al hombre el uso de ellas: el sabio ha hablado á los reyes de los derechos de los pueblos: el sabio ha trabajado los códigos más justos de las leyes: el sabio descubre nuevos alimentos, cuando las plagas destruyen los antiguos: el sabio hace llorar al rico y enterrecerse al poderoso: el sabio dirige la opinión pública, y la opinión pública es el tribunal que juzga á los funcionarios.

Si el género humano no es una sociedad de hordas salvajes: si el Asia creó las ciencias útiles y las artes provechosas, y la Europa perfecciona unas y adelanta otras, el sabio es el autor de estas maravillas.

La civilización, lo sublime, lo bello y lo útil, todo ha sido formado ó perfeccionado por el sabio. Quitad á los sabios, y la tierra entera será un mundo de horror y un caos de muerte: Casiquiare donde el salvaje comerá dos libras de tierra: Africa donde el hombre venderá al hombre.

Un sér tan grande es natural que conozca su magnitud: que sienta sus fuerzas: que calcule sus alcances. No es la vanidad la que le ensocorbece. Es la conciencia de su poder la que le hace hablar.

Píndaro, inspirado por el genio que lo eleva sobre sus enemigos, cantaba: *Mis palabras están acordes con mis pensamientos. La envidia sólo me merece un desprecio que la humilla. Los gritos del ave tímida y celosa jamás suspenderán el vuelo*

del águila que se pasea por los aires.

Buffon, lleno de pensamientos sobre toda la creación, inmensos como el Universo, *mis pasos*, dice, *son los de la naturaleza: el orden de mis ideas es el de la sucesión de los tiempos.*

El idioma del sabio es augusto; sus palabras parecen de un Dios. *Dadme un punto*, decía Arquímedes, *y moveré el globo. Dadme materia y movimiento*, decía Descartes, *y formaré un mundo. Toma los alimentos que recelaré*, decía Galeno, *y te haré más moderado, más emprendedor ó más tímido.*

Confesémoslo con noble orgullo. De la boca de los Césares, jamás salieron palabras tan espresivas del poder del hombre, como de los labios del sabio.

El conquistador de Europa pedía cañones para destruir al mundo y el sabio pide materia para hacer otros mundos. Responded, hombres que desdeñáis á los sabios. Quién será más grande, el conquistador ó el sabio? Dionisio, tirano de Siracusa, ó Arquímedes, honor y defensa de su patria?

Élipo maquinando la esclavitud de la Grecia; Alejandro devastando la Persia; César hollando los derechos de Roma, han adquirido el título de héroes.

Sócrates enseñando virtudes á la Grecia; Zoroastro dando moral á la Persia; Cicerón ilustrando á Roma, han merecido el nombre de sabios.

En las nomenclaturas de la vanidad, no hay título de igual precio. El solo, sin bandas ni medallas, sin oro ni diamantes, manifiesta la grandeza de quien lo merece: él solo es el timbre de su mayor gloria.

Lejos del turbión de los hombres, distante de la sociedad en la misma sociedad, sin ambición de empleos ni deseos de riqueza, ocupado en la ciencia, fijo solamente en ella, el sabio es un sér de paz, que ignora las artes de la intriga, que detesta el mal y quiere el bien.

Suele errar en las teorías que más admira: suele equivocarse en los pensamientos que más asombran. Esta es su pena más escocedora; estos son sus tormentos más vivos.

Trabaja día y noche para no errar: se sacrifica á la meditación, al cálculo y á la observación: consume en las ciencias la vida entera de su sér: desea otras vidas para dedicárselas á las ciencias. Será culpable por haber errado el que trabaja más para no errar? La verdad es el objeto más grande de sus inquisiciones. Sólo verdades quisiera presentar. Las busca en la naturaleza entera, en las regiones altas y en los abismos hondos.

No encuentra todas las que busca, á pesar de trabajos, sacrificios y penas. Se equivoca, yerra, se hace ilusión. Será culpa suya enseñar verdades y errores?—La hay en el astro de la luz, dando noches y días?

Hace más el sabio. Es señor de sí mismo: sabe domar la pasión que domina con más imperio. No olvidéis, siglos, la memoria de sus triunfos. *El sabio confiesa sus errores al momento que los conoce.*

Saussure hizo catorce viajes á los Alpes; trepó el Etna; subió el Cramont; formó nuevos instrumentos para observar; meditó sistemas; y después de sus trabajos, cuando conoció el vacío de ellos, *el mejor sistema, dijo, es no tenerlo.*

Si presentando verdades, descubiertas con penas, brilla la sabiduría del filósofo, confesando errores, advertidos con trabajos, triunfa la virtud del sabio. Fenelón es grande haciendo amable la Religión: Fenelón es grande dando dulzura á la virtud. Fenelón es grande enseñando á los reyes; pero Fenelón es superior á sí mismo condenando en Cambray sus pensamientos.

Todo es espectable en el sabio. Son inmensas sus tareas; sublimes sus obras; heroicos sus triunfos.

Si entre los humanos hay séres que merezcan himnos, no es al sabio á quien deben cantarse? no es á los pies de su estatua donde debe oírse la voz del afecto, el acento de la gratitud?

Jóvenes, ved aquí la carrera grande de la gloria. Los cuerpos políticos necesitan almas, y las almas de estos cuerpos deben ser los sabios. El patriotismo ilustrado avanza la causa de la patria; el patriotismo que no lo es la atrasa y la entorpece. Cultivad las ciencias: trabajad para ser sabios. Pero no esperéis serlo sin alejaros de lo que distrae ó embaraza el pensamiento. La sobriedad en todo es el primer elemento de la sabiduría. Un obeso no puede pensar: un sibarita es incapaz de meditaciones profundas. No hay vicio que no arrebathe el tiempo á sus víctimas: no hay pasión que no turbe el reposo. En el seno de la templanza, en la tranquilidad de la virtud es donde se forma el pensador profundo; el sabio grande y sublime. Si buscáis placeres, las ciencias son las fuentes más inagotables. César viendo á Cleopatra: Crespo acumulando riquezas, no probaron jamás el placer que se goza leyendo el libro de un sabio, observando la naturaleza, ó pensando en las sociedades. Si en la misma meditación se ve de repente iluminado lo que antes era tenebroso: si contemplando un objeto se descubren teorías nuevas, ó pensamientos originales, entonces... oh jóvenes! no es posible explicar estos momentos de delicias. Afectan todo el sér. Newton queda arrobado; Arquímedes sale por las calles publicando su descubrimiento. Las ciencias os llaman, jóvenes: sed dignos de ellas: sed sabios: sed justos: observad primero: reunid hechos: medita después: escribid al fin, y presentad á la patria las luces á que tiene derecho.

JOSÉ CECILIO DEL VALLE ¹

¹ Uno de los escritores más sensatos de Centro América. Nació en Choloteca (Honduras) en 1780 y murió en 1831.

EL ALMANAQUE

Hace pocos días que ha comenzado á circular el *Programa del año*

de 1871. Porque bien considerado, qué otra cosa es el Almanaque,

sino un programa del año? Ahí está indicado con minuciosa puntualidad todo lo que ha de haber en los doce meses que correrán desde enero hasta diciembre. Fiestas religiosas, movimientos de la luna, cambios de las estaciones, eclipses, lluvias, calores y fríos, vientos y tempestades, todo viene proféticamente anunciado en ese cuadernillo de unas pocas páginas.

Y sin embargo, por más que el Almanaque pueda parecer franco y hasta indiscreto, es indudable que es más todavía lo que calla que lo que revela. Qué de cosas han de suceder en esos 365 días, sobre las cuales él guarda obstinado silencio! El Almanaque, como el pérfido regalo de los griegos, lleva al enemigo oculto dentro de su seno. Si quisiera decir todo lo que ha de suceder, cuántas lágrimas haría derramar! qué sorpresas, qué alegrías, qué chascos, qué cóleras ocasionaría!

Anunciar que el día tantos habrá jubileo en tal iglesia; que el cuantos lloverá ó no lloverá; que habrá dos eclipses de sol y dos de luna, todos invisibles, eso lo hace cualquiera. Predecir lo que harán las pasiones y los intereses humanos, eso no puede hacerlo el calendario. Si se formara para el uso de cada ciudadano y de cada ciudadana un almanaque en que se les anunciara todo lo que les había de suceder, comprendería uno la utilidad de tales programas. Pero lo mejor de la fiesta es lo que no se dice. Por eso no hay uno solo de los que compran el almanaque del año que viene, que no lo recorra con la mayor indiferencia. Ver cuando será Carnaval ó Pascua, ó cosas semejantes, es lo único que se busca en él, después de haber digerido ó no digerido los versos y la prosa con que se amenizan esos librillos, destinados á andar en manos de todos.

Confieso que pocas cosas hay tan

tristes para mí como el almanaque. Si es de alguno de los años que se hundieron ya en el abismo de la eternidad, me hace casi la misma impresión que la vista de un cementerio. Ilusiones, esperanzas, deseos, ensueños de felicidad y sufrimientos crueles, todo está ahí hacinado, sin más epitafio que el elocuente y sencillo de las fechas. Cuán doloroso es detenerse en alguna de esas inscripciones, que la generalidad ve con la más fría indiferencia! «Inútil, suele decirse, como el almanaque del año pasado». Esa frase está perfectamente bien en boca de aquellos que carecen de la memoria del corazón. Estos componen, á Dios gracias, el mayor número de los vivientes.

Si el almanaque del año pasado me inspira ideas tristes, el del que viene me oprime con ese terror vago que sentimos siempre al acercarnos á lo desconocido. Qué sucederá en esos días que vemos ahí apuntados con invariable uniformidad? ¹ No se eclipsará en uno de tantos el sol de nuestras ilusiones? No lloverán los ojos, en otro, torrentes de lágrimas? No descargarán, en éste, recias tempestades sobre el alma? No reinará, en aquél, sobre el corazón cansado, la calma de la indiferencia? Ah! Si el almanaque pudiera decirlo todo! Pero esa ignorancia de lo futuro, con que Dios ha querido velar el porvenir, es un don de su misericordia, que quizá no sabe apreciar debidamente nuestra insensata curiosidad.

Aceptemos la vida tal cual es, y al recorrer el calendario de 1871 alegrémonos de no saber cuántos serán los días tempestuosos que nos tiene preparados.

JOSÉ MILLA ²

¹ Ocurrió la revolución del 71.

² Celebrado escritor guatemalteco. 1822-1882.

LA HERENCIA DE LOS PRECURSORES

Al pie de la sagrada montaña hago las abluciones que me quiten la culpa del odio; y mi mirada lim-

pia puede ver á la Cartagena de 1811, sin que entre su ciuturón de murallas y La Popa quede otro es-

pacio que el azul de la esperanza. Está agotado el sentimiento, como se ha dicho.

A la enseñanza, á la gran lección de estos precursores si puedo, otra vez, convertir la atención vuestra.

Lo que aquellos varones nos quisieron dar por herencia fué el placer completo de gozar de la vida, con toda la prolongación que la naturaleza le da y que sólo el irrevocable sepulcro le quita. Nos legaron el Derecho; no menoscabado, sino amplio, no como migaja de pan bajo la mesa, sino como regálía de nuestros propios nervios. Lo quisieron así, en el más profundo vaticinio de que hagan memoria los fastos americanos; con una previsión tan estupenda, que ya vacila el entendimiento entre considerarla como cosa real ó fabulosa.

Creyeron esos titanes que merecíamos esos dones; y en un arrebatado de cariño Olímpico por las generaciones venideras, fueron de la consagración de la Independencia á la muerte, como por el Puente de los Suspiros.

Aquellas cabezas tenían sueños inefables del porvenir, sobre la almohada de piedra de los Reyes, con los chapines de Torquemada y en la vigilia de los alguaciles de Fernando VII.

Soñaban quizá que en Colombia; no que en Colombia, que en la América toda, esas semillas del buen labrador de la parábola, que ellos botaban sobre surcos desconocidos, serían mieses, y después el granero inagotable de los pueblos. Que pues ellos arrojaban fuera á sus señores, nosotros tendríamos; que pues ellos rompían los tabernáculos de la fe, nosotros tendríamos dioses. Reinaría la virtud por su propia excelencia. Seríamos

buenos aconsejándonos en nuestro propio interés. Dichosos por el trabajo; grandes por el esfuerzo; inmortales por la tradición consecutiva del buen resultado de nuestras obras. Y siempre libres!

En ese dulce sueño murieron en 1815.

Fué cuando estos mismos que licenciaron el pensamiento del Virreinato, se entregaron al martirio, dentro de esos muros que ajustan el talle de la sirena del Caribe. Gran estímulo es para los que sufren por la Libertad mirar hacia 1815. Todo lo que contrista allí es luminoso; los espectros de los sitiados, esas caras en que el hambre ha discurrido largo tiempo tienen el fulgor de las estrellas; esas mujeres que ceban los fusiles de los combatientes, con el hijuelo muerto al brazo, son la zarza del Oreb; de aquellos que muerden en su desesperación un cartucho, brotan las chispas del Herrero de la Aldea, y hasta en el mismo bordón de la muerte, la hoz clásica se convierte en antorcha.

Esa visión, ese encanto no lo realiza sino la Libertad:

Pues seamos libres! Si dificultades pasajeras nos impiden la expansión del derecho, tengamos todo el derecho dentro de nosotros. Que al acostarnos interiormente no haya nada inclinado en nuestro pensamiento. La Virtud y la Verdad son desposadas de novios desconocidos, que se les llama el Tiempo. Vendrá este misterioso agente del Universo á hacer justicia á los patriotas de 1811.

Si no con nosotros, con otros!

JUAN DE DIOS URIBE

Del volumen SOMATEN. PDS. 636-637.